

## informes del Archivo Técnico

### **Miguel Sarmiento y la historia de las investigaciones arqueológicas en Cantona**

*Yadira Martínez Calleja\**

Dentro del vasto acervo documental que resguarda el Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, destaca la sección de informes del Archivo Técnico de la Dirección de Monumentos Prehispánicos, el cual incorpora notas, reportes e investigaciones realizadas en territorio nacional durante el periodo de 1925 a 1952 (García Moll, 1982: 9-11), una etapa en que gran parte del quehacer arqueológico estuvo enfocado en el reconocimiento de monumentos, sitios arqueológicos y los materiales culturales que permitieran esclarecer la polémica acerca de la sucesión cronológica de las culturas anteriores a la conquista, polémica en la que sólo la investigación arqueológica podía “dar visos de comprobación” (Noyola Rocha, 1987: 195).

Durante esta fase de la historia de la arqueología en México la investigación se realizaba por regiones, las cuales eran atendidas por arqueólogos utilizando el apelativo de “inspectores de Monumentos Prehispánicos” (Pescador, 2004). Tal es el caso de Miguel Sarmiento, quien colaboró durante más de treinta años en los trabajos arqueológicos, periodo en el que tuvo a su cargo la inspección y resguardo de los monumentos y ruinas localizadas en los estados de Puebla, Tlaxcala y Veracruz, donde gran parte de su labor como inspector consistió en la reali-

zación de planos para localizar los sitios por él visitados (García Cook, 1988: 408).

En esta ocasión, la sección Informes del Archivo Técnico de la revista *Arqueología* publica uno de los informes de Sarmiento relativo a la inspección, realizada en marzo de 1939, de las ruinas de Cantona. Aunque no fue esta su primer visita, ni la primera referencia que hace del sitio, sí es la primera ocasión en que plantea la posibilidad de realizar un estudio arqueológico con un objetivo específico: establecer la posible filiación chichimeca de los habitantes de esa ciudad. Asimismo pone de manifiesto la importancia que tiene el asentamiento en la investigación arqueológica, a pesar de la poca atención que había merecido hasta ese momento, no obstante conocerse su existencia desde el siglo XIX, cuando Henri de Saussure (1855) realiza la primera visita de carácter científico a Cantona,<sup>1</sup> sobre la que escribe un artículo titulado “Découverte des ruines d’une ancienne ville mexicaine, située sur le plateau de L’Anahuac”, donde además de ubicarla geográficamente realiza una descripción general de sus características, destacando la presencia de calzadas en todo el asentamiento (Tschol y Nickel, 1972). Después de la obra de Saussure, son nulas las

\* Proyecto Arqueológico Cantona, INAH. ycalleja@hotmail.com

<sup>1</sup> Tenemos conocimiento de una referencia anterior a la de Saussure en una de las “Gacetas” de Alzate, y aunque ésta no ha sido localizada físicamente, la mención que hace Enrique Juan Palacios (1922) es la única evidencia disponible.

referencias a Cantona, y sólo hasta principios del siglo XX Nicolás León (1903) mencionará nuevamente al sitio en su artículo “Los monumentos arqueológicos en Cantona” (citado en Tschol y Níkel, *op. cit.*); posteriormente, Enrique Juan Palacios visita Cantona en 1922 y se refiere al sitio con la finalidad de “establecer analogías y formar comparaciones” entre éste y Hueyaltépetl (Palacios, 1922: 189). Resulta interesante señalar que los dibujos de dicha publicación fueron realizados por Sarmiento, de lo que se desprende que la primer visita a Cantona la realiza con E. Juan Palacios, al menos desde 1922, y el texto que contiene el relato de su visita al sitio (presentado en este número) posiblemente corresponda a esta fecha, aunque la referencia más temprana que hace del sitio está fechada en 1934.

Los trabajos de Sarmiento en Cantona durante 1934 consistieron en inspecciones que obedecieron a las noticias sobre visitas y saqueos que hacían varias personas al sitio. En este primer reconocimiento toma fotografías de la arquitectura y del paisaje, señala la necesidad de realizar una “exploración más en serio” en la zona e indica el interés que había tenido Enrique Juan Palacios en llevar a cabo estudios especiales en Cantona. Debieron pasar cuatro años antes de que Sarmiento realizara un nuevo reconocimiento del sitio. En 1938 amplía la documentación sobre Cantona y realiza el primer plano correspondiente a su ubicación general (presentado en este volumen). Para 1939 (texto publicado aquí), conforme con la tendencia de la época de correlacionar el dato arqueológico con los códices (Bernal, 1992), propone realizar un estudio donde se integre la información de las fuentes y los códices con el dato arqueológico, básicamente en la cueva de Tzinacamoztoc, cercana al sitio. En el informe se plantea la posibilidad de una posible filiación chichimeca con los habitantes de la ciudad, y pone su propuesta a consideración de Enrique Juan Palacios,<sup>2</sup> quien responde al señalar la improbabilidad de dicha relación por razones

cronológicas y geográficas, pero sin desechar la propuesta de investigación arqueológica en dicha cueva (Palacios, 1939: 3-5).

A partir de los años treinta, y debido en parte a los trabajos de Sarmiento, las visitas y referencias sobre Cantona comienzan a ser más frecuentes, pero poco aportan a la investigación e interpretación del sitio y se caracterizan por la continua repetición de datos aportados por sus predecesores. En 1938 Paul Gendrop presenta su “Informe sobre las ruinas de Cantona”, en el que además de indicar su ubicación geográfica, le otorga una extensión aproximada de 20 por 12 km y, al igual que Sarmiento y sus antecesores, le confiere una temporalidad “arcaica”; también hace referencia a las pinturas rupestres localizadas en un cantil del cerro Las Águilas (Gendrop, 1938). A su vez, en 1939 Ignacio Marquina, entonces director de Monumentos Prehispánicos, incluye a Cantona en el *Atlas arqueológico de la República Mexicana* (Tschol y Níkel, *op. cit.*).

Durante la década de 1940 las menciones e interés científico sobre Cantona son nulas, y aunque diez años después se incrementa la documentación escrita, continúa bajo la misma temática: mucha descripción y poca investigación. En 1954 Leonard Loreau escribe algunas consideraciones sobre Cantona basado en informes verbales de Stresser-Pean, en las que refiere la extensión del asentamiento, vegetación prevaeciente, construcción de los edificios sobre el manto de lava y algunos materiales culturales muebles. Publica además un dibujo de las pinturas rupestres, idéntico al presentado por Gendrop, aunque sin darle el crédito correspondiente (Tschol y Nickel, *op. cit.*).

Para 1958 Eduardo Noguera contribuye a las descripciones de Cantona al escribir una reseña en el suplemento de *El Sol de Puebla* (Noguera, 1958: 2); con base en un reconocimiento de superficie, el estudio inicial de su cerámica, la comparación de los edificios y sus sistemas de construcción, le atribuye una antigüedad que se remonta al periodo Preclásico, quizá contemporáneo con Cuicuilco en el centro de México, con el que comparte semejanzas arquitectónicas, e indica una posible filiación entre los

<sup>2</sup> Como dato curioso, en su respuesta Palacios menciona a Sarmiento como José Miguel Sarmiento.

pobladores de ambas zonas (Noguera, *op. cit.*). Hace especial énfasis en la poca atención que ha recibido la zona arqueológica y la necesidad de realizar una exploración con la perspectiva de esclarecer si Cantona representa el que los pueblos del horizonte preclásico tuvieron su primer desarrollo en el estado de Puebla, o encontrar su “verdadero origen y los principios de su formación” (*ibidem*).

Por su parte, Eugenia Shepperd (1959) envía un informe dirigido al doctor Eusebio Dávalos, entonces director del Instituto de Antropología e Historia, con la finalidad de notificar la información proporcionada por Jaime Díaz Mercado sobre las ruinas de Cantona y las pinturas rupestres localizadas en el Cerro Las Águilas. Apunta que el sitio parece ser arcaico, ya que su informante no encontró tradiciones sobre su edad, cultura o nombre original. Describe la presencia de un “panteón” en el que se encontraron huesos y cacharros primitivos sin pintura, además de “(...) una cantidad nunca vista de obsidiana, de hasta 50 cms. de diámetro” (Shepperd, 1959), y asevera que la falta de fuentes de agua pudo haber sido la causa del abandono del sitio. En este mismo año (1959), con la creación del Instituto Poblano de Antropología e Historia (IPAH) se comienza a dar mayor importancia institucional a Cantona, siendo Fausto Marín Tamayo —primer director del IPAH— quien presenta un anteproyecto para la investigación en la zona, mismo que no se llevó a cabo pero sirvió para despertar el interés de Luis Vázquez Rangel —segundo director del citado instituto—, quien realiza varias visitas a la zona en 1961 (Tschol y Nickel, 1972).

En 1965 Franz Termer contribuye con las descripciones y referencias relativas al sitio, al publicar un mapa con la posición y la extensión parcial de las ruinas, y describir dos rutas de acceso y la vegetación presente; así mismo, discute la cuestión de abastecimiento de agua, realiza una descripción detallada de los elementos arquitectónicos por grupos y presenta interpretaciones con base en su función, definiendo al sitio como “una ciudad en todas sus manifestaciones” (Tschol y Nickel, 1972: 347). Finalmente, al igual que sus predecesores, le

otorga una temporalidad Preclásica con base en las figurillas mencionadas por Palacios (*ibidem*), e incluye a Cantona dentro del “Catálogo de sitios arqueológicos del Estado de Puebla” (Tschol y Nickel, *op. cit.*).

En 1972, y como parte de las investigaciones multidisciplinarias que realizó la Fundación Alemana para la Investigación Científica en la región poblano-tlaxcalteca, durante las décadas de 1960 y 1970, Peter Tschol y Herbert Nickel incluyen a Cantona en su *Catálogo arqueológico y etnohistórico*, donde proporcionan una vasta información historiográfica acerca del sitio.

Cantona no fue materia de interés exclusivo de investigadores, ya que desde principios del siglo XX la zona fue visitada por personas muy diversas, nacionales y extranjeros, con o sin un legítimo interés por descubrir su “enigmático” pasado; algunos preocupados, otros no tanto, por los saqueos y la destrucción constante del sitio, pero contribuyendo si no a la investigación científica, sí al incremento de la documentación sobre Cantona. Tal es el caso del ingeniero Abel Cárdenas Chavero, quien motivado por la noticia de la existencia de una “ciudad perdida” realiza varias visitas al sitio, y en 1968 escribe un texto titulado *Kantonak. Urbe arqueológica aún sin explorar*, contribuyendo más a la creación de leyendas en torno al sitio arqueológico que a una interpretación veraz.

Durante la década de 1970 estado de las investigaciones y referencias sobre el sitio no cambió, y la denuncia de saqueos realizados por personas locales y extranjeros fue en aumento. El estado de la investigación no fue un problema exclusivo de la zona arqueológica, ya que la laguna de información sobre el comportamiento cultural de los grupos que habitaron el área fue una cuestión característica en la cuenca de Oriental. No será sino hasta la década de 1980, bajo la dirección de Diana López de Molina, que da inicio un verdadero programa de investigación arqueológica en Cantona denominado “Proyecto Cantona”, con una duración de tres años (López de Molina, 1980, 1981, 1982).

Durante poco más de diez años las investigaciones en el sitio fueron nulas, y sólo hasta 1992, con el programa de investigación “Proyec-

to Arqueológico Cantona” (PAC), bajo la dirección del Ángel García Cook, se reinician los estudios. A partir del inicio del proyecto, la continuidad en los trabajos realizados por el PAC ha permitido comprender con mayor claridad el proceso de desarrollo cultural en el sitio (García Cook-Merino Carrión, 1996; 2000). Los objetivos del proyecto incluyen muchos de los aspectos que interesaban a los investigadores precedentes, incluyendo a Sarmiento, tales como su temporalidad y las relaciones culturales con grupos contemporáneos, así como el papel que jugó Cantona en el desarrollo de la cuenca, en particular, y de Mesoamérica en general.

## Bibliografía

- Bernal, Ignacio  
1992. *Historia de la arqueología en México*, México, Porrúa, pp. 155-188.
- Cárdenas Chavero, Abel  
1968. *Kantonak. Urbe arqueológica aún sin explorar*, México, Orión.
- García Cook, Ángel  
1988. “La arqueología en Puebla”, en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico. 14. La Antropología en el Centro de México*, México, INAH (Biblioteca del INAH), pp. 393-442.
- García Cook, Ángel y B. Leonor Merino Carrión.  
1996. “Proyecto Arqueológico Cantona (informe general: 1993-1996)”, México, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, INAH.  
2000. “El Proyecto Arqueológico Cantona”, en Jaime Litvak y Lorena Mirambell (coords.). *Arqueología, historia y antropología. In memoriam José Luis Lorenzo Bautista*, México, INAH (Científica, 415), pp. 161-203.
- García Moll, Roberto  
1982. *Índice del Archivo Técnico de la Dirección de Monumentos Prehispánicos del INAH*, México, INAH (Científica, 120).
- López de Molina, Diana  
1980. “Proyecto Cantona. Primer temporada”, México, INAH, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología.
- 1981. “Proyecto Cantona. Informe Segunda Temporada”, México, INAH, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología.
- 1982. “Proyecto Cantona. Tercera Temporada”, México, INAH, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología.
- Noyola Rocha, Jaime  
1987. “La visión integral de la sociedad nacional (1920-1934)”, en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico. 2. Los hechos y los dichos (1880-1986)*, México, INAH (Biblioteca del INAH), pp.135-207.
- Palacios, Enrique Juan  
1922. “Hueyaltepetl”, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología*, 4ª época, t. I, México, Museo Nacional, pp. 179-192.
- 1939. “Informe sobre el estudio del C. José M. Sarmiento”, México, INAH, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, sección Monumentos Prehispánicos.
- Pescador Cantón, Laura C.  
2004. “Homenaje a José Luis Ramírez”, en *Arqueología*, núm. 36, pp 155-158.
- Sarmiento, José Miguel  
1934. “Informe acerca de los vestigios arqueológicos existentes en los lugares de Santa Inés Varela a Tepetitlán, Jalapaxco el Grande, Santa Ana y Cantona”, México, INAH, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología.
- 1938. “Informe, carta y plano de Cantona”, México, INAH, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología.
- 1939. “Cantona. Carta 1-3”, México, INAH, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología.
- Sheperd, Eugenia  
1959. “Informe sobre Cantona”, México, INAH, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología.
- Tschol, Peter y Herbert Nickel  
1972. *Catálogo arqueológico y etnohistórico de Puebla-Tlaxcala, México*, t. I, edición preliminar, A-C, Koln, Freiburg.

### C. Jefe de Arqueología en el Ministerio de Educación Pública Ingeniero Don Ignacio Marquina México

Tengo la honra de informar á UD que practiqué una visita á Totimehuacan y que, la Junta Auxiliar del Pueblo, me manifestó q(u)e, en su reciente visita el C. Presidente de la República, les había ofrecido que, pronto comenzarían las excavaciones para descubrir esta P(i)rámide, pues como se está componiendo el camino para llevar á cabo las obras de la Presa Valsequillo este lugar subiría en importancia, y sería un nuevo aliciente, según ellos para el turismo. Yo, les manifesté que pondría en conocimiento de Ud. estas razones, y, que, mientras la Oficina de su digno cargo no determinara nada, nadie puede tocar esas Pir(á)mides.

Visité Cantona, y, a propósito de esta visita, me permito suplicar (á) Ud. que ponga en consideración de D(n.) Juan Palacios lo que en este oficio digo, pues al estar leyendo la Obra D Dn. Francisco Plancarte y Navarrete, en la página 199, capítulo referente á los Naoas, me encuentro algo por demás significativo. Dice él, que, en el Códice Pictórico á que han dado el nombre de Mapa de Tloltzin que es la Historia de los Acoluas desde su origen ponen al Caudillo Totli al principio ó por mejor decir á la entrada de una Gruta á la que denominan textualmente Tzinacamostoc, y, que, yo creo que, no es más que la famosa Gruta de Tzinacamosto(c) ó sea Gruta del Murciélago. Ixtlixochi(t)l, en su fantástica peregrinación de Xolotl al hablar dice, que, en Tzinacamostoc vivieron muchos años, y alrededor hay caseríos y palacios, bosques y jardines. Ahora bien, el Murciélago tiene una importancia Mitológica, y, al colocar en esas cuevas á Tlotli parece ser el lugar al rededor del que formaron el primer núcleo de á donde más tarde, se extendió la Tribu Itzpapálotl Madre de Tlotli conocida tambi(é)n por Mixcoatl ascendiente mítica de los Naoas según nos dice Plancarte se identifica con Itzpapálotl representada con la Obsidiana y el Murciélago. El hecho de que, el Murciélago haya tenido estos simbolismos, me hizo pensar en la misteriosa Cantona,

dentro de la cual se encuentra la Gruta de Tzinacamostoc, y, realmente, para ser coincidencia, lo que he le(í)do en la Obra de Plancarte, según dice traducido del Códice del que al principio hice referencia, y, el hecho de que, él no conoció nunca el lugar llamado Cantona, ni la Gruta, realmente, es una cosa por demás, significativa, por otro lado, qué otra Raza, si no los Chichimecas, fuertes y decididos, pudo haber encontrado abrigo en tan salvaje lugar. Ahora bie(n), el Númen del Fuego entre los Naoas, estuvo representado por el Murciélago, y, el Murciélago á su vez, por el Tépatl o Piedra de Pedernal que da fuego, y, era el mismo Murciélago, según lo afirma Plancarte y Navarrete. Recuérdese la abundancia de este material y de obsidiana en Cantona, esto, no puede ser, una mera coincidencia, el lugar es Volcánico, y, á los alrededores del Vigía Alta hay pequeños Cráteres que, en otro tiempo tal vez, arrojaron fuego, el lugar nos habla de dramas Geológicos que, probablemente no pasaron desapercibidos para estas observadoras Razas. Por eso señalo la Obra y la página para que, si á bien lo tiene suplique al Sr. D. Juan Palacios que, él, que escribió sobre Cantona me diga que valor pueden tener esas líneas, pues sería interesante que, esta tradición se identificara con esa misteriosa Urbe de la que todavía no conocemos gran cosa.

Protesto á Ud. las seguridades de mi más Atta y distinguida consideración.

SUFRAGIO EFECTIVO NO REELECCIÓN

Puebla de Zaragoza á 1º de Marzo de 1939.  
Miguel E. Sarmiento

**Asunto: Informe sobre el estudio del C. José M. Sarmiento**

México D.F., a 23 de marzo de 1939.  
C. Jefe de la Oficina de Monumentos Prehispánicos.  
P r e s e n t e.

Informando a Ud. sobre el escrito del C. José M. Sarmiento, de fecha 1º del presente marzo,

en la parte relativa a Cantona y la gruta de Tzinacámóztoc (Estado de Puebla), que es el punto que el citado vigilante de la zona arqueológica de Puebla pide que se me consulte, tengo el honor de exponer a Ud.:

Según el referido señor Sarmiento, tanto el Mapa Tlótzin, como el escritor Ixtlilxóchitl, aluden a una caverna o gruta, llamada Tzinacánóztoc, o sea la Gruta del Murciélago. Al respecto hago constar que la aseveración es positiva; ambas fuentes aportan dicho testimonio, estando la gruta pintada en el Mapa. También el llamado Mapa Quinátzin presenta la caverna con iguales jeroglíficos expresivos de su nombre (el murciélagos).

Asienta, después, que fué la tribu Chichimeca la que hizo estancia en citado lugar. La afirmación es correcta, y se apoya en numerosos datos existentes en los mencionados códices o Mapas, los cuales presentan la efigie de los caudillos chichimecas.

Dice luego que el jefe Tloti (Tlótzin) aparece en la cueva de Tzinacánóztoc. Es exacto.

Asegura que la madre de Tlótzin fué Itzpapálotl, conocida también por Mixcóatl, ascendiente mítica de los nauas; y que la obsidiana y el murciélagos son sus representaciones. Fundando este dicho del señor Sarmiento, en la obra "Prehistoria" del obispo Plancarte, sus análisis exigiría(n) varias lucubraciones en el campo de los mitos, inútiles en el caso presente, ya que el propósito del señor Sarmiento consiste en averiguar si la gruta existente en las inmediaciones de la ciudad arqueológica de Cantona, es o nó, la mencionada por Ixtlilxóchitl y los códices.

Concretando la cuestión, manifiesto que conozco ambos lugares: Tzinacánóztoc y Cantona. Este último es una localidad situada en terrenos del gran pedregal o malpaís que rodea el cerro del Pizarro, capa enorme de lava emitida por dicha cumbre. Las corrientes volcánicas se extienden en un tramo de magnitud desmesurada, confinando con el pueblo de Tepeyahualco y las haciendas de Micautla y Tezontepec, por el oeste; y con las vertientes del cerro Vigía Alta, al noreste, en tanto que los llanos de Perote quedan por el Sur. Cantona yace próxima a la ha-

cienda de Tezontepec, a cosa de un kilómetro de distancia, internándose en el pedregal. Hay una pirámide alta y bastante bien contorneada; se reconocen vestigios como de callejones, y suelen encontrarse algunos ídolos más o menos informes, todo trabajado en piedra basáltica, que es el producto volcánico que el Pizarro vomitó en cantidades inmensas. Se halla, asimismo, cerámica tosca y figurillas en fragmentos; y no escasean los cuchillos y puntas de flecha, de obsidiana. El conjunto revela población un tanto primitiva, asentada en la comarca por tiempo dilatado; la cultura respectiva, al tenor de las cabecitas que pude examinar ofrece nexos con la que llamamos arcaica (conservo un ejemplar); y claramente puede afirmarse que no se trata de cultura tolteca ni azteca.

Por lo que concierne a la gruta de Tzinacánóztoc, hállese al Norte del pedregal, a distancia de seis u ocho kilómetros de Cantona, en dirección al Cerro de Oyameles. Su formación posiblemente representa una corriente extrema de la misma erupción que formó el gran *malpaís*, ya que el basalto compone su roca integrante. Es cierto que la caverna es imponente, toda vez que mide aproximadamente un kilómetro de profundidad, naturalmente con toda clase de sinuosidades, y, como en la mayoría de las cavernas, los murciélagos anidan en el sitio. Geológicamente, el lugar ha sido estudiado por Wittich, pero arqueológicamente, que yo sepa, se encuentra virgen de exploraciones. El señor Sarmiento no indica si ha examinado el suelo y el subsuelo de la gruta, en busca de cerámica y otros artefactos.

Ahora bien, la existencia de esta gran caverna, que bien puede dar guarida a cientos de sujetos, ¿da mérito a pensar, por la cercanía de las ruinas de Cantona, y la presencia de obsidiana (y tal vez de cuarzo) en el pedregal que envuelve ambos lugares, que se trata de la gruta de Tzinacánóztoc, aludida en los códices referentes al pueblo chichimeca?

Primeramente, un gran número de cuevas son albergue de murciélagos, y en multitud de lugares de la altiplanicie puede encontrarse cuarzo y obsidiana.

En segundo lugar, el rumbo de la procedencia de los chichimecas, se señala al Norte, unánimemente, en las fuentes con relación al valle de México; y de un modo absoluto no podría decirse que la región de Cantona es septentrional respecto del valle mexicano. Más bien puede considerarse esa porción como oriental con ligera inclinación al Norte.

En mayor grado es de importancia la objeción que se desprende del carácter de la cerámica que pude reconocer en Cantona, supuesto que ofrece modalidades de la cultura muy extendida, que llamamos arcaica. Pero, llegados los Chichimecas al país con posterioridad a la ruina de Tollan, y siendo los arcaicos, anteriores, según todas las constancias, al periodo tolteca, cuando aprendieron el cultivo del maíz, con el uso consiguiente de las vasijas (en) las que se depositan sus preparaciones, líquidas y sólidas. Por tanto, no es de creer que los habitantes de Cantona, fabricantes de alfarería, al tenor de los vestigios, fueron los susodichos Chichimecas, a pesar de la presencia de puntas de flecha, labradas (en) obsidiana, implemento, éste, común a todos los pueblos primitivos.

En los códices Tlótzin y Quinátzin las estancias de los chichimecas, en el curso de sus migraciones, aparecen señaladas no sólo en la caverna de Tzinacanóztoc, sino en otras cuatro o cinco; a saber, Cuauhyaec, Oztoclipac, Huexotla, Couatlichan y Tlallamóztoc. De algunas de ellas se conoce positivamente la posición, comprendida en términos del actual valle de México (Oztóctipac, equivale a Texcoco; Huexotla y Couatlichan, quedan a no larga distancia). En consecuencia, cabe la posibilidad de que todas las estancias, inclusive Tzinacanóztoc, citada al principio, quedan dentro de la circunscripción de la gran cuenca o valle mexicano, marcando puntos importantes de la peregrinación chichimeca, una vez llegada esa gente a la comarca. Sólo el legendario Chicomóztoc o lugar de las Siete Cuevas, tradicionalmente atribuido al Norte, no figura en los Mapas objeto de estudio, expresándose así, indirectamente, que se hallaba muy lejos.

Por último y como argumento el más decisivo, en contra del supuesto del señor Sarmien-

to, en Tzinacanóztoca, según lo enseña el Mapa Tlótzin, cont(e)mplase albergada una de las parejas que empuñaron el cetro de la nación chichimeca; pero, lejos de tratarse de caudillos de los tiempos remotos, vemos las efigies del primer Ixtlilxóchitl y su esposa, quiera decir, llegamos a época moderna, contemporánea próxima del auge de la monarquía chichimeca. Semejante dato no se compadece, ni de lejos, con la posibilidad de que la estancia de Tzinacanóztoc haya podido efectuarse al Norte de San Juan de los Llanos, actual Estado de Puebla, en la lejana región del malpaís de Tepeyahualco y Cantona.

Los razonamientos y datos que preceden, no significan que, a mi juicio, la gran caverna situada en aquella apretada región, carezca de importancia. Al contrario, entiendo que la posee, y tal vez muy considerable. Pero el método adecuado a seguir, para la definición concreta del particular, sería exclusivamente el arqueológico. Comiéncese por explorar la caverna con detenimiento, examinando el piso con cuidado, y también el subsuelo en lugares convenientes, sin perjuicio de reconocer las paredes de la gruta. Los vestigios que de ese modo puedan descubrirse darán la respuesta al supuesto del señor Sarmiento, mucho mejor que cualquier género de especulaciones.

Pero, aún suponiendo que la morada original de los chichimecas, después de Chicomóztoc, no tenga relación ninguna con la enorme gruta del Noreste de Puebla, quedan en pie estas posibilidades dignas de estudio.

La caverna de Tzinacanóztoc, por su magnitud y cercanía a lugares habitados por pueblos prehispánicos, pudo prestar albergue a grupos humanos de época remota o ser centro ceremonial y de culto.

La caverna en cuestión, verosímilmente guarda nexos con la tribu constructora de la cercana Cantona, nexos que la investigación arqueológica permitirá establecer.

En Cantona se reconoce abundancia de material cerámico y figurillas, en parte, por lo menos, correspondientes al tipo "arcaico", en alguna de sus modalidades; el estudio en detalle de este material es necesario.

En Cantona abundan los artefactos de obsidiana, particularmente puntas de flecha (e implementos de cuarzo, a decir del señor Sarmiento); hay que determinar los caracteres y relaciones de dicho material.

Cantona muestra construcciones piramidales de piedra basáltica, al parecer usada en bruto, pero hábilmente acomodada; conviene precisar en detalles los elementos constructivos y carácter de los monumentos.

Por último, existiendo localidades arqueológicas importantísimas del otro lado de los llanos de Perote, a cuatro leguas de Cantona, con monumentos arquitectónicos, esculturas, cerámica (en parte al menos, arcaica), y vestigios de toda clase, en gran abundancia, procede establecer sus nexos con Tzinacánóztoc y Cantona.

La exploración arqueológica viene demostrando que todas las subidas de la costa a la altiplanicie, todos los pasos naturales, digamos así, hierven en ruinas prehispánicas. Con anterioridad reconocí el paso de Perote mismo (que los españoles siguieron en su penetración a la altiplanicie) comprobando la existencia de vestigios y monumentos en muchos de los cerros, eminencias y laderas que lo bordean. Lo mismo puede afirmarse de la región de Cantona y Tzinacánóztoc, situada en la prolongación del paso citado.

Recientemente exploré la comarca donde se asientan las ruinas de Tuzpan (Veracruz) encontrando, además de importantes monumentos que con ese nombre se conocen, enormes agrupaciones de montículos artificiales en el lugar llamado Pueblo Viejo cerca de la rancharía del Carpintero y una interesante localidad arqueológica situada en la rancharía del Refugio, a corta distancia de Apapantilla y La Junta. Ahora bien, los sitios en cuestión confinan, todos ellos, con la corriente fluvial (del río Cazones), que sin duda, constituyó otro paso natural para el ascenso de la altiplanicie, viniendo de la costa. Lo propio debe decirse de los cursos del Tecolutla o río de Encasa, el Nautla, el Tuxpan y el Pánuco: sus riberas hierven en reliquias prehispánicas; ciudades, fortificaciones, pirámides, monumentos aislados, *cues* en gran número, esculturas, figurillas y cerámica en pasmosas

cantidades... todo aparece en cantidades impresionantes, al primer ex(a)men de sus fértiles y pintorescas orillas. Resulta evidente que un gran movimiento se realizó en tiempo prehispánico entre la costa y la Mesa Central. Dichas migraciones seguramente llenaron largas centurias; no debemos imaginarlas como una serie de escalonamientos graduales, a que corresponden los diferentes tipos de los vestigios que se descubren. Las reliquias de Cantona y las que lleguen a encontrarse en Tzinacánóztoc, verosímilmente señalan alguno de esos movimientos. Por todo ello, el actual Estado de Veracruz y las comarcas limítrofes de las Huastecas hidalguese y potosina, así como porciones de los Estados de Puebla y Oaxaca revisten interés arqueológico enorme. Explorando sus ruinas probablemente llegará a esclarecerse los enigmas de la cultura arcaica, de la llamada "civilización olmeca", de los toltecas y los totonacos; y sobre todo, se establecerán con precisión las influencias "orientales" que hicieron sentir sus efectos en la gran altiplanicie.

## Resumen

Existe una localidad cerca de las ruinas de Cantona, cuya exploración considero de importancia. Es la gruta de Tzinacánóztoc o Cueva del Murciélago, cuya magnitud es impresionante. Parece probable que su exploración rinda vestigios arqueológicos.

Algunos Mapas y Códices de la civilización chichimeca mencionan una caverna de igual nombre (Tzinacánóztoc; pero las circunstancias relacionadas hacen muy dudosa la identificación de tal gruta, con las señaladas en esas pinturas indígenas.

De cualquier modo, hallándose dicha localidad en los bordes o sobre el camino de uno de los pasos naturales, que comunican el litoral costero con la Mesa Central, pasos que utilizaron muchas migraciones prehistóricas, al tenor de la abundancia de los vestigios existentes, resultaría de sumo interés la exploración de la comarca.



Atentamente  
El arqueólogo "A"  
Enrique Juan Palacios

Bien se expresó el eminente Arqueólogo Don Enrique Juan Palacios cuando dijo, que Cantona ofrece a nuestra vista la apariencia engañosa de Hueyaltepetl, Ciudad esta última descubierta hace algunos años por el citado Arqueólogo y el que esto escribe, bien que tal engaño fué el acicate que despertó la tenacidad del Ginebrino Sabio Saussure. Para la primera de las dichas ubicaciones, verdadera metrópoli que surge entre rosas y espesos breñales, accidente que llamamos Mal País aquí en México, creo de esta opinión será también partícipe el Dr. Philip Newell Youtz, Director de los Museos de Brooklyn, New York, después de su reciente visita; pues él mismo pensaría que ante sus ojos nuevamente se presentaban un fenómeno de espejismo, fenómeno que horas antes tuve la satisfacción de contemplar en la llanura y ante tal apariencia surge el desconcierto, pues nadie puede pensar que en tan extraño y abrupto paraje pueda haber una ciudad; tal circunstancia explica la fatigosa exploración de Saussure, sorprendente razón por la que Don Enrique Juan Palacios y yo, hubimos de explorar amplio perímetro que a punto estuvo de hacernos desistir de nuestro propósito, máxime si se tiene en cuenta, que los relatos de trabajos de la misma índole daban por concluida en la Mesa Central el encuentro de ubicaciones Arqueológicas de marcada significación como la que justamente corresponde a Hueyaltepetl, punto final de nuestros afanes y trabajos, y esto entendido, tuvimos que recorrer un amplísimo perímetro que abarcó desde algunos tramos de la sierra de Zongolica hasta la sierra del Citlaltepetl en que exploramos los flancos occidentales no sin sortear numerosos accidentes, y dicho sea en verdad, recompensados en nuestra fatiga merced a la belleza de los distintos paisajes en que las lejanías se visten de luz y calor.

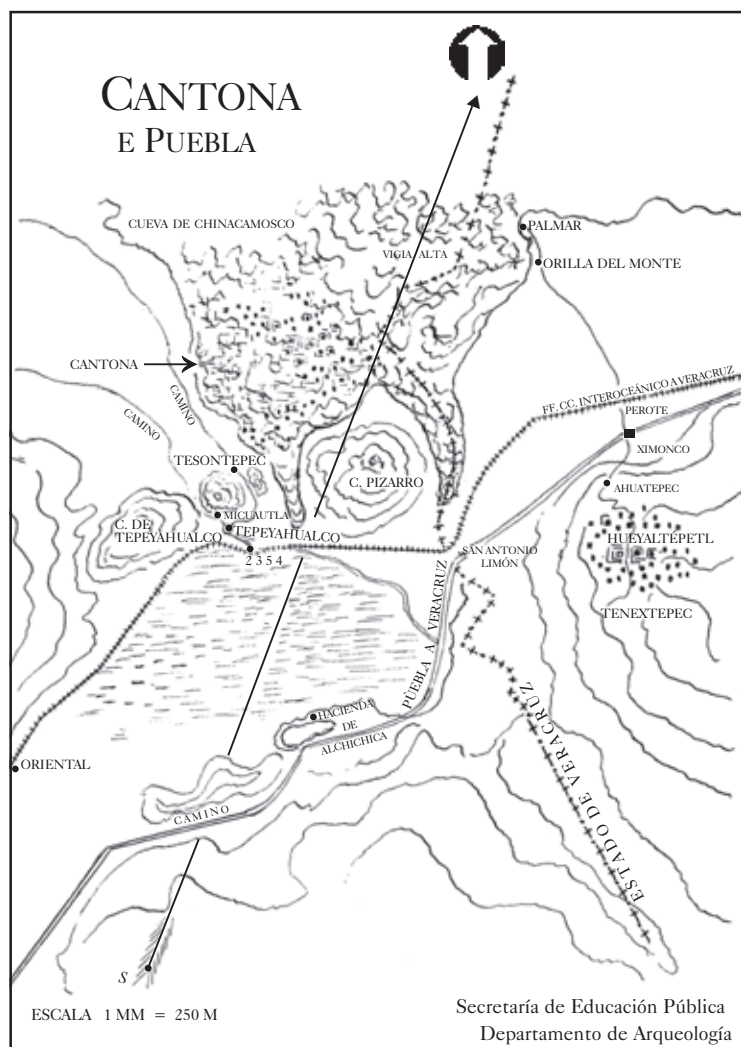
Caminando siempre, rectificábamos constantemente nuestra ruta hasta encontrarnos con el bello y gigantesco Volcán de Orizaba, cuya

falda dio abrigo a numerosas tribus aborígenes, grupos de civilizaciones distintas, ya lo dice Xalapasco, lugar de donde proceden las hermosas piezas que formarán el Museo del Sr. Don Honorato Carrasco, en donde las gemas preciosas no fueron raras, piezas que estudio el Sabio Dr. Seler. Siempre caminando con dirección preconcebida y ordenada, nos encontramos en las inmediaciones de Atzintzintla, región abundante en vestigios dignos de estudio más concienzudo, pero nuestro objeto era otro, y por tanto hubimos de abandonar esta región para hallarnos en la de Xuchil y siempre caminando por desfiladeros llegamos a Tzamalaca y Jesús María, para llegar después a la comprensión de Atzacan, abundante también en vestigios; pero nuestra marcha debís continuar, pues nuestro anhelo era encontrar a Hueyaltepetl. Bien quisieramos haber hecho un alto a título de pequeño descanso, tanto más, que en lugares de fama como Huatusco, hubiera estado justificado, pues que la presencia de las ruinas del Castillo teocali (sic) es motivo más que suficiente y solo nos contentamos con hacer constar el lamentable abandono en que se encuentra esta reliquia. Muy a nuestro pesar hubimos de abandonar tal sitio para proseguir nuestra marcha que en esta etapa nos condujo a Cosantlán, para llegar mas tarde a Quimistlán, población ésta última interesante por sus ruinas, atrayente sitio a lo que juzgo para el estudio de la Arqueología, y así llegamos al Nauhcampantepetl, y a(ú)n cuando los hermosos pueblecillos que toman asiento en su falda oriental no dejan de haber asuntos de inter(é)s para el Arqueólogo, nuestro objeto como he dicho antes, era otro; y así resolvimos variar nuestra ruta por encontrarnos nuevamente en las llanuras de la Altiplanicie. El aspecto geográfico es atrayente en esta región cubierta en gran parte de arenas volcánicas y de fecundidad prodigiosa cuando llueve; tal vez a esto se deba como a la abundancia de elementos de vida, el que tal perímetro haya sido el asiento de grupos Ednicos distintos. El paisaje se corta bruscamente a lo lejos por el inmenso oc(é)ano de lavas, tal vez derrame de el Vigía Alta, tras cuyas rugosas superficies que figen imponente atalaya, asómase el azulado

cono del cerro de Pizarro, estudiado por el Barón de Humboldt. Toda clase de conjeturas y disímolas teorías de inexplicables incógnitas pueblan nuestra mente a la vista de tan sorprendente paisaje. Nadie imaginaría que entre esos breñales, morada de fieras, de alimañas y venenosas culebras, pudiera ser el asiento de un pueblo cuyo origen se pierde en las sombras del pasado, y sin embargo, es allí donde el ojo experto del Sabio ginebrino descubrió esta ciudad llamada Cantona, extraña metrópoli cuya clasificación, dado lo bárbaro y primitivo de su construcción, pone ante nuestra razón dif(í)cil problema. Tal ciudad se afianza a porfía entre las rocas que parecen disputar a los espesos breñales. Tal vez sus primitivos constructores fueron los hombres primitivos cuyos restos con

tanto anhelo se han buscado por la polémica científica, pues en poder de la familia Limón pude ver un petro glifo con dibujos tan primitivos, que me recordaron los restos hallados en la gruta de Altamira, España (tal apreciación es sólo una conjetura personal), mas, la opinión apoyada en razón científica supone: que este extraño lugar sólo fu(e) el refugio de un grupo humano para sustraerse a la cruel persecución de pueblos más fuertes, o más crueles. Empero, surgen varias incógnitas a resolver, siendo la de mas fuerza, la que nos hace pensar que en este desierto de lava no se encuentra agua, y la de las lluvias sería insuficiente para abastecer a una urbe que, a juzgar por lo extenso de sus vestigios, debió ser numerosa, pues Cantona es enorme ciudad. De este pueblo no se han encontrado huellas en algún otro sitio

que yo sepa, como otros pueblos (que) han dejado los vestigios de su peregrinación; y esta ciudad que surge en el más sorprendente lugar que imaginarse pueda, salvaje Oc(é)ano de lava casi inaccesible, cuya potencia en algunos lugares alcanza 15 y 20 metros de espesor, tal y como si ese mar instant(á)neamente se hubiera petrificado en el momento álgido de su tempestuosa cólera, y es sobre esa áspera superficie terriblemente rugosa, desgarrada por grietas y anfrautuocidades donde surgen los restos de habitación separadas por callejones zigzag(u)antes, los vestigios de plazuelas y múltiples adoratorias pirámides, forman la extraña y dante(s)ca Cantona, ciudad que ha no dudarle, cubre kilómetros, y esto se confirma al poner el pi(e) en tan extraño lugar, donde el constante amago de punzantes espinas de los cactus de todo género, (s)on raigambre imposible, son el complemento del cuadro de tan salvaje sitio con el que a poco de reconciliar nuestra vista, co-



menzamos a reconocer construcciones cicl(ó)-peas, paramentos, cercas de piedra bruta acamadas que delimitan tortuosas callejuelas; adviértanse espacios interiores con más apariencia de regularidad en cuyo interior se ven otros muros, tal vez restos de habitaciones, vaga apariencia de un trabajo humano, singular expresión de algo bárbaro, primitivo, pero no exento de imponente grandiosidad que nos fuerza a la conjetura: Ciertamente Cantona es algo único en el Mundo.

En avance al interior, la lava siempre áspera, forma un reborde de algo más de un kilómetro, sitio que, por la gente de las serranías, se conoce con el nombre del Banco. Desde este punto pueden verse varias pirámides y há(II)ase el suelo cubierto de puntas de flecha, recuerdo de horrendos combates. Los fragmentos de tiestaría son abundantes, pero se observa lo variado de sus facturas desde el groseramente fabricado, hasta el de color brillante y pulido. Esta mezcla de adelanto y barbarie es desconcertante, por modo que, esto forma un nuevo dédalo en las apreciaciones científicas y otros tantos problemas para el investigador que trata de desentrañar la incógnita de los primitivos constructores de esta misteriosa urbe del Pedregal.

